

XV Domingo del Tiempo Ordinario
Homilía de Monseñor Carlos Castillo
11/07/21

Hermanos y hermanas, agradecido por sus oraciones y la colaboración de tantos hermanos nuestros, especialmente la de mis obispos auxiliares en estos días de ausencia, vamos a retomar nuestro camino junto al de ellos, a lo que todos hemos ido haciendo en estos días, y sobre todo a retomar el Evangelio.

Hoy día nos sigue hablando el Evangelio de Marcos de la profecía. Jesús había comenzado a enseñarles a sus discípulos llevándolos a una casa y curando a una niña, a la cual levantó de la cama y ella se puso a andar. Los discípulos tienen que aprender cómo en cada casa y en cada caso hay que situarse para poder levantar a las personas.

El domingo pasado nos recordaba que a Jesús lo trataban como hijo del carpintero y despreciaban su condición de profeta porque pensaban que un carpintero, un 'don nadie', no podía ser alguien importante para sus vidas.

Hoy día el Señor quiere que sus discípulos sigan el mismo camino profético, a pesar de que haya personas que piensen que el profeta debe, más bien, profetizar en otro sitio, como es vivamente en el caso de la profecía de Amós: «Vidente, vete y refúgiate en la tierra de Judá; allí come tu pan y profetiza allí». Esta curiosa manera de tratar por parte de este sacerdote de Bethel, llamado Amasías a Amós, es porque Amós era algo así como una transparencia de Dios, se dejaba llevar hondamente por la Palabra y sabía decirla a tiempo y a destiempo, caiga a quien le caiga la Palabra. Y por eso él le dice: "Yo no soy ni profeta, ni hijo de profeta", porque había profetas que venían de familia, como los sacerdotes que venían de familia.

Dios quiso que los profetas salieran del corazón de la vida del pueblo sin necesidad de que tuvieran dinastía, 'sangre azul', sino que fueran gente del común, de donde, entonces, la palabra sencilla de nuestro pueblo, en donde mora el Señor, se expresara. Por eso, Él se siente simple y llanamente un enviado por vocación, pastor y cultivador de higos.

Nosotros tenemos así a muchos seminaristas en el Seminario que tienen esta vocación. Son chicos de la calle, chicos de las parroquias, chicos de nuestro pueblo que van a ser sus sacerdotes, sus profetas y sus pastores. Pero que es necesario que recojan el sentimiento, el sentir de la vida, el sufrimiento, las búsquedas, los sueños y las alegrías de nuestro pueblo.

El Papa Francisco me decía eso: Cuida mucho de que sean flor de nuestro pueblo, flor de nuestro pueblo sencillo que puedan anunciarle la Palabra de

aliento, de fortaleza, de inteligencia, de esperanza que necesita nuestro país. Y hoy día el Señor, en cierto modo, ha cumplido la profecía que aparece en el salmo, que Él da la lluvia para que todo florezca. Hoy día hemos visto llover en Lima, que es difícil ver llover en Lima. Y dice el salmo de hoy: “el Señor nos dará la lluvia y nuestra tierra dará su fruto”.

¿Y cuándo ocurre esto? Justamente en las situaciones complicadas y difíciles. Nunca el Señor evade las situaciones difíciles, sino que sabe afrontarlas. Y sabe afrontarlas para una cosa que está en el precioso himno que hemos recitado hoy día de la Carta a los Efesios. Esto lo hizo el Señor, este dar a conocer el misterio de su voluntad para que se pueda recapitular en Cristo todas las cosas.

¿Qué significa recapitular en Cristo? Significa poner a Cristo como cabeza y hacer que el mundo se reordene. Y como Cristo ha venido a contarnos y a vivir con nosotros el amor, es para que nosotros también como prolongación de su Cuerpo, que somos la Iglesia, podamos suscitar en la gente la capacidad de amar para que todo pueda recapitularse y unirse, mucho más en las situaciones difíciles. Y eso es lo que sucede en el Evangelio.

Hoy día el Papa recordaba que el Sacramento de la Unción a los enfermos, tiene su raíz en esta misión que encarga el Señor a sus discípulos, a los doce. Pero hay algo más, dice el Papa, en esa Unción de los enfermos no está solamente el óleo santo - que también parece que ya lo daban - sino también esta la cercanía, el acompañamiento, porque cómo vamos a recibir simplemente las cosas como una magia, si como sacerdotes, como profetas, no educamos, no acompañamos, no sabemos decir la Palabra en las situaciones concretas que, a veces, uno ha perdido el sentido completo de lo que pasa.

Por eso hermanos, reflexionemos brevemente sobre este Evangelio. Dice que Jesús los envió de dos en dos - cosa muy importante - van en comunidad, pero de dos en dos dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos. Piensen ustedes: si pone Jesús prioridad en espantar espíritus inmundos, quiere decir que se vivía en una sociedad en donde los espíritus inmundos habían poseído a la gente. Y lo vemos por todos lados en los evangelios: enfermos, gente que está destrozada, como la mujer que se acerca porque tiene flujo de sangre, la chica que se da a morir. ¿Por qué habían esos problemas en Israel? Porque el Espíritu, no es que se había ido, porque el Espíritu mora en las personas. Dios nos ha creado a su imagen y para ser semejantes a Él, Dios no nos ha abandonado, sin embargo, existen en las sociedades modos de vivir, en el caso concreto de los sacerdotes de Israel eran indiferentes a los problemas de la gente, inculcaban la indiferencia y abandonaban a la gente.

Y eso también nos puede pasar hoy día en diversas partes del mundo. Acabamos de ver cómo se puede cometer la vileza de entrar traicioneramente y matar a un presidente en Haití, o vemos esos asesinatos horribles que han ocurrido en Canadá por años, esos niñitos que eran extraídos de las comunidades indígenas para finalmente violarlos y matarlos. Esas cosas son los espíritus diabólicos que nos inundan a los seres humanos a pesar de que Dios nos ha creado a su imagen.

Por eso es que mandó a Jesús, para recuperar en todos nosotros, la capacidad de ir a la hondura de lo que somos y aprender a amar, inclusive con todo lo difícil que es. Porque nos endemoniamos cuando creamos organizaciones, estructuras, modos de actuar, modos de proceder violentos, destructivos, pesimistas, en donde todo aparece perdido y donde no hay ya ninguna esperanza. Esta autoridad, entonces, es la fuerza de entrar en las personas. Y por eso el Señor les dice que se queden en la casa, que no vayan de casa en casa, es decir, que profundicen su misión. ¡Qué difícil eso! Porque a veces, nosotros hacemos 'visita de médico', vamos aquí, vamos allá, todos apurados y nos olvidamos de profundizar en la vida de los problemas de la gente, de acompañar.

Y aquí está instituida, entonces, lo que es la verdadera Unción del enfermo: el poder participar de sus problemas, especialmente sus problemas espirituales. Es verdad que en nuestro país tenemos muchísima hambre, pero como decía Berdaiev: "Cuando yo tengo hambre es un problema material, cuando el Otro tiene hambre es un problema espiritual". Estamos llenos de millones de problemas espirituales porque todavía no se instala la justicia en nuestro pueblo.

En ese sentido, hermanos y hermanas, por eso los manda sencillos y sin muchas cosas para poder permanecer con la gente, compartir lo que tienen. Van solamente con un bastón para no caerse cuando suben a los cerros, pero es muy importante aquí que, por ejemplo, no es una Iglesia basada en el dinero, ni es una Iglesia que está viendo cómo se van a la mejor casa para comer rico, lo hacen para caminar con la gente. Y por eso el Señor les dice que lleven sandalias y tampoco se preocupen mucho de cubrirse, basta una túnica nada más, nada de sobra.

Este quedarse en la casa es, hoy día, una primera tarea que - evidentemente con los problemas que tenemos - estamos tratando de ir arreglando conforme sanemos y nos vacunemos. Es bonito cómo se ha lanzado hoy el Vacunatón. Vayamos hermanos, por favor, no temamos, la vacuna es algo importante, la gente que la ha hecho, ha hecho esfuerzos de hacer algo que sirva realmente para la salud de la gente.

Por lo tanto, hagamos un poco como han hecho los discípulos, acerquémonos e inclusive hagamos las cosas con mucho respeto. Esto de sacudirse el polvo de los zapatos, no es en señal de desprecio, es en señal de respeto: 'si no nos reciben, bueno, nos vamos a otro sitio'. No hay que estar, podríamos decir, imponiendo el Evangelio, no somos proselitistas. La Iglesia está para servir, ayudando a que los demonios se espanten. Y no se van a espantar los demonios si agarramos y nos metemos a la casa e imponemos las cosas. Nosotros no estamos para imponer, sino para servir.

Dice el Evangelio que los discípulos salieron a predicar de esta manera. ¿Y qué obtuvieron? Obtuvieron la conversión. Desde el inicio en que el Santo Padre quiso que hiciéramos este camino, dijimos que estábamos, no para revolucionar ni para golpear a nadie, estábamos para iniciar una conversión espiritual de la Iglesia y de todo nuestro país. Esa tarea la seguimos y sigue en pie porque es fundamental, porque solamente sirviendo sencillamente, sin estruendos, sin poderes, sin violencias, podemos ir suscitando una capacidad muy grande que es acercarnos para ir espantando nuestros demonios.

Todos los tenemos, todos tenemos costumbres terribles, todos tenemos capacidad agresiva, pero también somos a imagen del Señor, nuestra mirada todavía es para adelante, nuestros brazos todavía son para abrazar. Y hechos a imagen del Señor nosotros hemos de caminar hacia allí, hacia amar. Por eso, cuando los discípulos ungián con el aceite, muchos enfermos se curaban y los demonios salían.

Quiero decirles que el encuentro con el Papa, estos días, fue algo así. Él me acogió y él abrió su corazón a escuchar todo lo que vivimos los peruanos y la Iglesia de Lima. Y la consecuencia ha sido que al Obispo le salieron algunos demonios y me abrió el corazón. Ese encuentro con el Santo Padre significa para todos nosotros fuente de esperanza y de alegría.

Le pedimos al Señor que haga posible en todos nosotros, con ayuda de la iglesia, en nuestro país, una nueva vida de paz y de amor, de justicia y de misericordia.